

## II

El siguiente día al 2 de Diciembre, Aristides Rougon había caído sobre París con la voracidad de las aves de rapiña que desde lo alto olfatean los campos de batalla. Acababa de llegar de Plazan, en el Mediodía, donde su padre había logrado pescar por fin, en el río revuelto de los acontecimientos un empleo largo tiempo apetecido.

Joven aun, y después de haberse comprometido sin gloria ni provecho, acudía á París con apetitos de lobo y perjurando que «ya no sería tonto», frase que subrayaba con una irónica sonrisa á la que sus delgados labios daban una significación terrible.



Llevaba consigo á su esposa Angela, pálida é insípida, cuando llegó en los primeros días de 1852. Instaló á la pobre mujer en una estrecha habitación de la calle de Santiago, como si fuera un mueble embarazoso de cual tuviese precisión de deshacerse.

La joven no había querido separarse de una niña de cuatro años que Aristides hubiese dejado de buena gana á cargo de su familia, pero cedió al deseo de Angela, con la condición de que quedase en el colegio Plassans su hijo Máximo, que tenía á la sazón once años, y sobre quien había prometido velar su abuela.

Rougón quería tener las manos libres y su mujer y su hija le parecían ya bastante carga para un hombre como él decidido á todo.

La misma tarde de su llegada, mientras Angela abría los baules, sintió el ansia de recorrer París en seguida, de pisar con sus gruesos zapatos de provinciano aquel codiciado suelo de donde esperaba hacer brotar los millones.

Aquel paseo fué una verdadera toma de posesión; andaba por andar, y caminaba ya como por país conquistado.

Ante sus ojos se representaba el combate que había de librar y no se asustaba al compararse con un hábil forzador de cerraduras, que, por violencia ó por astucia, va á apoderarse de una

parte de la común riqueza que injustamente le hubieran rehusado.

Y en su disculpa, hubiera invocado sus aspiraciones latentes durante diez años, su vida miserable de provincia, sus privaciones, todo aquello en fin de que hacía á la sociedad entera responsable.

Dominado entonces por la emoción del jugador que por fin se acerca al tapete verde, estaba lleno de júbilo, con un júbilo especial suyo, en el que se mezclaban las envidias y las esperanzas del malhechor impune. El aire de la gran ciudad le embriagaba y creía escuchar entre el ruido de los carruajes y el murmullo de la multitud la voz de Macbeth que le gritaba: «¡Tú serás rico!»

No había estado en París desde el feliz año que había pasado allí como estudiante... Por espacio de dos horas anduvo así de calle en calle. La noche se acercaba y sus pensamientos se crecían ante el resplandor de los escaparates y de los cafés repletos de gente. Acabó por extraviarse en su paseo, y cuando alzó los ojos, encontróse en el Faubourg Saint Honoré, en una de cuyas calles más próximas, en el conmedio, la de Penthievre, habitaba Eugenio Rougón, uno de sus hermanos.

Antes de ponerse en camino, había contado con él, que era en aquel momento una potencia ocul-



ta, un abogadillo del cual surgía un hombre político, después de haber sido uno de los agentes más activos del golpe de Estado.

Por una de esas supersticiones de jugador, no quiso presentarse aquella tarde á Eugenio. Volvió pues lentamente á ganar la calle de Santiago, pensando en su hermano con sorda envidia, y mirando su traje usado y cubierto aun del polvo del camino.

Caminaba irritado, en medio de sus sueños, contra el ambiente de alegría que parecía respirar la ciudad. Jamás había sentido apetitos tan grandes de riqueza.

Al otro día por la mañana, estaba ya en casa de su hermano. Habitaba este dos vastas piezas, frías y amuebladas apenas, que desilusionaron á Aristides. Esperaba este hallar á Eugenio nadando en la opulencia. Estaba trabajando ante una mesa negra y pequeña, y al ver entrar á Aristides, se contentó con decirle lentamente y sonriendo:

—¡Eres tú!... Te esperaba.

El forastero estuvo muy áspero; acusó á su hermano de haberle negado hasta los consejos. No debía perdonarse nunca el haber permanecido adicto á la república hasta el 2 de Diciembre; esta era su continua queja, su eterno remordimiento.

Eugenio, sin soltar la pluma le escuchaba en silencio. Cuando hubo terminado Aristides, exclamó:

—Bien, pero todas las faltas se reparan. El porvenir es largo.

Eugenio pronunció estas palabras con acento tan claro que su hermano bajó la cabeza sintiendo en lo más hondo de su sér su mirada penetrante y escudriñadora. Después continuó con ruda y amistosa franqueza:

—Vienes para que te coloque, ¿verdad? Ya me he acordado de tí, pero no he encontrado nada todavía. Ya comprenderás que no voy á colocarte en cualquier sitio. Hace falta un empleo don le puedas hacer tu negocio sin peligro de ninguno de los dos. No te digo más. Estamos solos y podemos hablar ciertas cosas.

Aristides sonrió.

—Yo sé que eres inteligente—continuó Eugenio —y que no cometerás una torpeza. Cuando haya una ocasión te colocaré. Si de aquí á entonces necesitas algún dinero ven á pedírmelo.

Después hablaron de la insurrección del Mediodía, donde había ganado su padre su especial destino.

Eugenio vistióse mientras hablaba, y ya en la calle, antes de separarse dijo á su hermano en voz baja:



—No pasees mucho y espera tranquilo en tu casa el empleo que te he prometido. No me agrada ver á mi hermano haciendo aotesalas.

Aristides sentia por Eugenio cierto respeto, teniéndole como hombre osado, y aunque no le perdonaba sus desconfianzas, pero sí su franqueza, encaminóse á encerrarse dócilmente en la calle de Santiago.

Todo su capital era quinientos francos que habia pedido prestados á su suegro, con los cuales, después de atender á los gastos del viaje, mantuvo un mes á su familia.

Angela era muy gastadora, y creyó que debía adornar su traje de calle con una guarnición de cintas color de malva. El mes de espera parecia interminable á Aristides y la impaciencia le abrasaba.

Asomado á la ventana sentia á sus pies la gigantesca actividad de París, y se apoderaba de él un deseo inmenso de arrojarse en aquel horno vasto para amasar allí su oro como si fuese blanda cera. Aspiraba con delicia aquellas ráfagas vagas aún del naciente Imperio, que arrastraban ya el olor sensual de las alcobas, el de los agios mercantiles y el calor de los placeres. Le decia su instinto que la gran cacería de aventuras, de mujeres y de millones se aproximaba y sus narices se dilataban, y su instinto de animal hambriento sentia

los menores indicios del banquete de carne caliente y viva de que la villa iba á ser teatro.

Estuvo dos veces en casa de su hermano para activar su negocio, y aunque Eugenio le recibia bruscamente, no dejaba de repetirle, sin embargo, que no le olvidaba y que era preciso esperar aún.

Por fin llegó á manos de Aristides una carta en que le llamaba. Encontró á Eugenio sentado como siempre ante su mesilla negra en la vasta pieza helada que le servia de despacho.

El abogado al verle, le tendió un papel diciendo:

—Toma: ayer recibí tu credencial. Has sido nombrado comisario de vías públicas agregado al Ayuntamiento. Tu sueldo será de dos mil cuatrocientos francos al año.

Aristides, sin moverse, palideció sin atreverse á tomar el papel, creyendo que su hermano se chanceaba. Esperaba por lo menos un destino de seis mil francos.

Eugenio, adivinando lo que pensaba, giró sobre su asiento y cruzándose de brazos prosiguió:

—Supongo que no serás un estúpido. Tú querías desde un principio tener buena casa, querida, criados, comer bien... Tú y los que como tú sueñan si se les dejase obrar á su antojo, vaciariais las arcas antes de que se llenasen. ¡Bah! ¡ten un



poco de paciencia! ¡Ya ves como yo vivo; tómate al menos el trabajo de bajarte para recoger una fortuna!

Eugenio sentía profundo desprecio por las impaciencias de su hermano, y en su rudo lenguaje habían ambiciones más altas, deseos de poderío, por lo cual aquel simple apetito parecía pueril y de mal gusto.

Sonriendo irónicamente, aunque con tono más amable prosiguió:

—Tus propósitos son excelentes y no me opondré á ellos; los hombres como tú son muy útiles. Pero por favor espera que el mantel se extienda sobre la mesa, y si quieres hacerme caso, tómate la molestia de ir á buscar siquiera tu cubierto á la oficina.

Aristides no contestaba. Las comparaciones de su hermano no parecían agradaarle, y Eugenio, cediendo de nuevo á la cólera, exclamó:

—¡Eres un estúpido! ¿Qué esperabas de mí? ¿Qué queríais que hiciese de tu ilustre persona? No has tenido siquiera el valor de acabar tu carrera, y te has enterrado en una miserable plaza de comisario de subprefectura, llegas á mí con la detestable reputación de republicano, ¿y te creías ya ministro lo menos en cuanto llegaras á París? ¡Ya lo sé! tú tienes un deseo feroz de llegar arriba por todos los medios posibles, y teniendo en cuen-

ta tu tesón te he hecho entrar en el Ayuntamiento.

Púsose en pie al decir esto, y entregándole la credencial, prosiguió:

—Toma. Algún día me lo agradecerás. Yo mismo he escogido el destino, porque sé lo que puedes sacar de él. Limitate á mirar y oír. Mientras, acuérdate de esto: entramos en un período en que todas las fortunas son posibles. Gana mucho dinero, pero no cometas ninguna tontería ni des ningún escándalo, de lo contrario, te su- primo.

Esta amenaza produjo en Aristides el efecto que las promesas no habían logrado. Su fiebre se encendió de nuevo ante la idea de aquella fortuna de que su hermano le hablaba, pareciéndole ya que le dejaba ir contra las masas y despojarlas, con tal que lo hiciese legalmente y sin ruido.

Eugenio le entregó doscientos francos para terminar el mes, y permaneció un rato pensativo, diciendo por fin:

—Tengo el proyecto de cambiar de nombre y tú debías hacer lo mismo. Tendríamos así más libertad.

—Como quieras—contestó Aristides.

—Yo me encargaré de que se cumplan las formalidades legales... ¿Quieres llamarte Sicardot, tomando el apellido de tu mujer?



Aristides pareció repetir interiormente sílaba por sílaba este apellido.

—No me agrada—dijo después—es muy pesado... Sería preciso cortarlo.

—Busca otro pues—repuso Eugenio.

—Preferiría Sicard solamente... Aristides Sicard... no suena mal...

Detúvose un momento y al fin exclamó con aire de triunfo:

—¡Ya lo he encontrado! ¡Saccard! ¡Aristides Saccard! Así, con dos *ces* ¿eh? ¡Parece que hay algo que suena á dinero en este nombre!

Eugenio mirábale sonriendo y le despidió al cabo con esta broma cruel:

—Me parece bien. ¡Es un nombre propio para ganar millones ó para ir á presidio! (1).

Un día después Aristides Saccard tomaba posesión de su empleo en el Ayuntamiento. Comprendiendo que su hermano habría necesitado gran influencia para que le admitiesen allí sin examen.

Entonces comenzó su vida monótona de empleado de corto sueldo. Aristides y su mujer volvieron á las costumbres de Plassans, cayendo desde la altura de sus sueños dorados á la triste realidad de una vida que miraban como un tiempo de prueba, cuya duración desconocían.

(1) Saccard, un francés, saltador.

Ser pobre en París es ser dos veces pobre.

Angela, sin embargo, aceptaba la miseria con la impasibilidad de una mujer clorótica y dejaba transcurrir los días, unas veces en la cocina y otras jugando en el suelo con su hija, sin acordarse de nada mientras la quedaba una moneda de veinte sueldos.

Aristides, en cambio, revolvíase colérico como fiera enjaulada. Aquellos días fueron para él de sufrimientos indecibles: su amor propio herido brotaba sangre. Eugenio, entre tanto, había logrado un acta en el Cuerpo Legislativo, representando á Plassans, y este triunfo que debía ser la base de su fortuna, hacía sufrir á Aristides. Conocía la superioridad de su hermano y no eran celos solamente lo que sentía, sino el no haber hecho en su favor lo que hubiera podido fácilmente.

En varias ocasiones, y obligado por la necesidad, Aristides recurrió á su hermano, y si bien éste no se negó á darle dinero, echábale en cara al dárselo su falta de voluntad, con tal dureza, que hiriendo vivamente á Aristides, juró desde aquel momento no molestar á nadie.

Los últimos días del mes, Angela comía pan duro, suspirando indolentemente, y aquel aprendizaje cruel puso término á la terrible educación de Saccard.



No volvió á soñar con millones llovidos del cielo, ahogando todas sus pasiones con su voluntad de hierro, acariciaba una idea constante.

Al ir desde la calle de Santiago al Ayuntamiento, sus tacones gastados resonaban sordamente sobre el piso, y tapado con su raído gabán, husmeaba sacando el hocico al aire de la calle.

En los primeros días de 1857, Aristides Saccard fué nombrado Inspector de vías públicas, con cuatro mil quinientos francos.

El ascenso no podia llegar más á tiempo. Angela desfallecía visiblemente, y la niña, Clotilde, estaba medio anémica. Aristides había conservado su modesta vivienda, evitando las deudas y no queriendo meter las manos en el dinero de los demás hasta que pudiera sepultarlas hasta el codo.

Así engañaba sus propios instintos y permanecía siempre en acecho. Su mujer parecía dichosa entonces; compróse algunos adornos y comió bien todos los días, no entendiendo la silenciosa cólera de Aristides, que era la del hombre que persigue sin tregua la solución de algún espantoso problema.

Siguiendo Aristides los consejos de su hermano, miraba y escuchaba, y cuando fué á verle para darle las gracias por su ascenso, comprendió éste enseguida la revolución que en él se había operado, felicitándole por ello.

En pocos meses, el empleado, se había convertido en un cómico prodigioso. Toda la verbosidad meridional, se había despertado en él y llevaba tan lejos el disimulo, que sus propios compañeros del Ayuntamiento le miraban como una buena persona, á quien su parentesco con un diputado le designaba para ocupar un buen puesto.

Atraíale aquel parentesco, también la benevolencia de sus jefes, adquiriendo una especie de autoridad tácita dentro de su empleo que le abría las puertas de todas las dependencias para meter la nariz en los expedientes, sin que nadie notara sus indiscreciones.

Dos años estuvo recorriendo los pasillos, deteniéndose como abstraído en los negociados, levantándose veinte veces al día para hablar con algún compañero, subir ó bajar expedientes y hojear registros, todo lo cual hacía decir á sus colegas:

— ¡Qué demonio de provenzall ¡No puede estar-se quieto, parece de azogue!

En cambio, sus íntimos teníanle por un perezoso y Aristides se reía cuando le colgaban la fama de regatear sus servicios á la Administración.

Nunca cometió la torpeza de espiar por las cerraduras, pero tenía una manera de abrir las puertas, de cruzar los despachos siempre con papeles en la mano, con aire abierto, y paso lento,



que no perdía jamás una palabra de las conversaciones que con su presencia sorprendía.

Aquella fué su táctica, que le valió el que nadie se fijase en él ni interrumpiese las conversaciones cuando el activo funcionario se deslizaba por las oficinas, preocupado y diligente. Ofrecíase también á los compañeros para ayudarles, y si alguno se retrasaba en la hora, estudiaba los documentos que caían bajo su inspección, con el pretexto de ordenarlos.

Trabó amistad con los dependientes de la casa, tratándoles como de igual á igual, contándoles historietas y procurando sus confidencias. Así decían de él; «Ese sí que no es orgulloso».

Si ocurría algún escándalo, enterábase en seguida, y en el Ayuntamiento no había misterios para él. Conocía el personal hasta el último mozo y los papeles hasta las notas del alumbrado de cada despacho.

Para un hombre como Aristides Saccard, ofrecía París entonces un espectáculo interesante: acababa de ser proclamado el Imperio después del famoso viaje en el cual el príncipe-presidente había logrado despertar el entusiasmo en algunas provincias bonapartistas. Un gobierno fuerte protegía la sociedad y la libraba hasta de la molestia de pensar, y en la tribuna y en la prensa reinaba

el silencio

La única preocupación de todos consistía en saber las distracciones que se preparaban para matar el tiempo y según la expresión de Eugenio Rougon, París se sentaba á la mesa y soñaba con chistes á los postres.

Los ánimos, cansados de política, se volvieron los negocios y á los placeres; los que poseían desenterraban su dinero, y los que nada tenían buscaban por los rincones olvidados tesoros. En medio del profundo silencio del orden, en la pacífica planicie del nuevo reino, se escuchaban toda suerte de agradables rumores, de doradas promesas y voluptuosidades, pareciendo como si se pasase ante esos lugares, á través de cuyas cortinas cuidadosamente cerradas, se escucha el sonido del oro sobre el mármol de las chimeneas.

París iba á convertirse, por obra del Imperio en la más viciosa de las capitales de Europa. Aquella legión de aventureros que acababan de robar un trono, pedían un reinado de aventuras, de negocios sucios, de conciencias compradas, de mujeres vendidas, de embriaguez, en fin; y en la ciudad donde apenas se habían borrado las huellas de la sangre de Diciembre, crecía, tímida aun semejante sed de placeres, que debía, á la postre, arrojar á la patria en el oprobioso lugar de las naciones corrompidas.

Todo esto adivinaba claramente Aristides, que



veía acercarse la creciente ola de la especulación, cuya espuma, debía cubrir en breve á todo París. Seguía con atención sus progresos, viéndose realmente en el centro de la lluvia de oro que iba á caer sobre la población.

En sus correrías por los despachos del Ayuntamiento, había sorprendido el vasto proyecto de la transformación que iba á realizarse en París, los planos de aquellas demoliciones, de aquellas nuevas vías, de aquel agio formidable producido por la venta de terrenos é inmuebles que encendía á París por sus cuatro costados en una batalla de intereses y de lujo refinado. Su actividad tuvo desde entonces un objeto. En la oficina se había hecho más hablador, más atento que nunca, y su hermano, le felicitaba por haber puesto tan perfectamente en práctica sus consejos.

Hacia los primeros días de 1854, Saccard le confió que tenía en estudio muchos negocios para cuya realización necesitaria grandes adelantos.

—¡Oh! se buscan—dijo después de oírle, Eugenio.

—Es verdad—había contestado Aristides sin demostrar contrariedad al ver que su hermano rehusaba facilitarle los primeros fondos.

Los primeros fondos era lo que más ocupaba su pensamiento. Su plan estaba trazado y lo maderaba lentamente, pero los primeros miles de

francos no se encontraban y sus esperanzas hubieron de dilatarse por algún tiempo.

Ya no miraba con la arrogancia de antes, sino nerviosa y detenidamente, como si en el primero con quien tropezase hubiera de encontrar un prestamista. En la casa, Angela proseguía su vida obscura y feliz, y sus risas se hacían cada vez más agudas, á medida que aquella ocasión tardaba en presentarse.

Tenía Aristides una hermana en París; Sidonia Rougón, casada en Plassaus, con un pasante de procurador. Habíase instalado el matrimonio en la calle de Saint-Honoré con el propósito de establecer un comercio de frutos del Mediodía, pero cuando la encontró su hermano, había desaparecido el marido y el almacén hacía largo tiempo que no existía.

Sidonia habitaba en la calle del Fabourg Poissonniere un reducido entresuelo compuesto de tres piezas y además la tienda del piso bajo; era esta estrecha y misteriosa y en ella, pretendía tener un comercio de blondas y encajes como al parecer lo demostraban retazos de guipure y valenciennes, que suspendidos de listones dorados, se exhibían en el escaparate; pero en el interior, en lo que podría llamarse antecámara, todo estaba resplandeciente y sin el menor vestigio de mercancía.



Tanto el escaparate como la puerta estaban guarnecidos discretamente de ligeras cortinillas, que dando un aire velado á la tienda, como de pieza de espera, que se abre sobre un templo desconocido, ponía el interior al abrigo de las miradas indirectas.

Decía Sidonia, que la disposición de la casa la había obligado á alquilar la tienda y el entresuelo que se comunicaban por medio de una escalera empotrada en el muro. La vendedora de encajes, en efecto, siempre estaba fuera. Se la veía entrar y salir apresuradamente muchas veces al día, y podía deducirse desde luego que lo que menos la ocupaba era el comercio de encajes. Ello es que utilizaba el entresuelo y pagaba el alquiler con dinero recogido Dios sabe donde.

En su tiendecilla había vendido objetos de caoutchuc, zapatos, tirantes, etc., luego y sucesivamente un nuevo aceite para hacer crecer el cabello, aparatos ortopédicos y unas cafeteras automáticas con privilegio de invención cuyo éxito fué bien malo por cierto.

Cuando su hermano fué á verla, se dedicaba al alquiler de pianos, y tenía el entresuelo atestado de estos instrumentos; había pianos hasta en la alcoba, la cual estaba, por otra parte, decorada con tal coquetería, que desentonaba entre aquel batiburrillo mercantil que llenaba las otras dos

habitaciones. Conservaba metódicamente los dos comercios; los parroquianos que iban por la mercancía del entresuelo, entraban y salían por una puerta cochera que tenía la casa á la calle de Papillón, siendo menester que se conociera el secreto de la escalera interior para estar al tanto del doble tráfico de la vendedora de encajes.

En el entresuelo, se llamaba la señora Touche, que era el apellido de su marido, y en la muestra su nombre propio, lo cual hacía que se la conociera generalmente por Sidonia. Tenía esta treinta y cinco años, pero se vestía con tal descuido y era tan poco femenina en sus negocios, que se la hubiera creído una vieja.

Vestía siempre el mismo traje negro rosado en las costuras, ajado y deslucido por el uso, recordando las togas de los abogados usadas en los tribunales. Llevaba un sombrero también negro, que bajando sobre la frente, ocultaba el cabello, y calzada con gruesos zapatones, trotaba por las calles con un cestillo al brazo, cuyas asas estaban recompuestas con bramante.

Aquella cesta que jamás abandonaba, era un mundo en pequeño; cuando la entreabría, salían de ella toda clase de objetos, agendas, carteras, papel sellado, cuya ilegible escritura descifraba diestramente.

Sidonia tenía algo del corredor y del alguacil,